EFRAÍN HERNÁNDEZ VILLALOBOS

DE LAS SOCIEDADES CACICALES A LA CREACIÓN DEL MUSEO DE ARTE COSTARRICENSE

ESCRITOS SOBRE ARTES VISUALES EN COSTA RICA



TOMO IV

euna

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA



Edición aprobada
por el Consejo Editorial de la Universidad Nacional

Dra. Iliana Araya Ramírez
PRESIDENTA

Dr. Marco Vinicio Méndez Coto
SECRETARIO

Concejales

Ing. Érick Álvarez Ramírez
DIRECTOR DEL PROGRAMA DE PUBLICACIONES E IMPRESIONES

Dr. Gabriel Baltodano Román
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Dr. Jorge Herrera Murillo
VICERRECTOR DE INVESTIGACIÓN

Bach. Natalie Segura Murillo
REPRESENTANTE ESTUDIANTIL

Mag. Patricia Vásquez Hernández
SECCIÓN HUETAR NORTE Y CARIBE

DE LAS SOCIEDADES CACICALES A LA CREACIÓN DEL MUSEO DE ARTE COSTARRICENSE

ESCRITOS SOBRE ARTES VISUALES EN COSTA RICA

TOMO IV

EFRAÍN HERNÁNDEZ VILLALOBOS

DE LAS SOCIEDADES CACICALES A LA CREACIÓN DEL MUSEO DE ARTE COSTARRICENSE

ESCRITOS SOBRE ARTES VISUALES EN COSTA RICA

TOMO IV

euna

© EUNA
Editorial Universidad Nacional
Heredia, Campus Omar Dengo
Costa Rica
Teléfono: 2562-6754
Correo electrónico: euna@una.cr
Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)

© *De las sociedades cacicales al Museo de Arte Costarricense. Escritos sobre artes visuales en Costa Rica*
© Efraín Hernández

Primera edición, 2026

Diseño: Luis Miguel Morales Aguilar cc Luis Moralegui
Producción fotográfica: Dietrich Fuchs, Luis Miguel Morales Aguilar, Efraín Hernández, Ericka Solano Brizuela, Museo de Arte Costarricense, Museo Nacional de Costa Rica, Museo del Jade y la Cultura Precolombina y Museos del Banco Central

La Editorial de la Universidad Nacional (EUNA) es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA).

Dirección Editorial:
Alexandra Meléndez Calderón y Marianela Camacho Alfaro marianela.camacho.alfaro@una.cr

Créditos de fotografías:
Dietrich Fuchs, Luis Miguel Morales, Ericka Solano, Rodrigo Rubí J.,Vita Cascante, Tiffany Fernández, Paula Porras, Glenda Fonseca, Laura Cordero Amighetti, Rafael Luna, Victor Manuel Solano, José Protti, José Ortiz

709.7286
H557d Hernández Villalobos, Efraín
De las sociedades cacicales a la creación del Museo de Arte Costarricense : escritos sobre artes visuales en Costa Rica : tomo IV / Efraín Hernández Villalobos. -- Primera edición. -- Heredia, Costa Rica : EUNA, 2026.
1 recurso en línea (224 páginas) : ilustraciones, fotografías principalmente a color, archivo de texto, PFD, 14.5 Mb

ISBN 978-9977-65-961-9

1. ARTE COSTARRICENSE 2. ARTE 3. COSTA RICA 4. MUSEO DE ARTE COSTARRICENSE 5. SIGLO XX 6. ARTISTAS 7. PRODUCCIÓN 8. ARTES PLÁSTICAS I. Título

Imagen al incio:
ANA GRISELDA HINE (1949-)
Sin título
Carboncillo sobre papel
1983
Colección privada

Imagen de portada:
RUDY ESPINOZA MORALES (1953-2018)
Ciclo
Grabado en metal
1979

CONTENIDOS

11
PREFACIO / *Tatiana Rodríguez Mejía*

13
PRESENTACIÓN / *José Pablo Solís*

17
AGRADECIMIENTOS / *Efraín Hernández*

19
NOTAS AL LECTOR / *Efraín Hernández*

31
PRÓLOGO / *José Solórzano*

35
INTRODUCCIÓN / *Efraín Hernández*

39
CAPÍTULO 9
Arte en la década de 1970:
Nuevas instituciones de difusión y protección

214
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

PREFACIO

Leer un libro es adentrarse en una perspectiva de autor. Dice tanto la profundización sobre el tema, el conocimiento agudo que sobre los tópicos se construya, como su abordaje y develamiento de una visión de mundo –que sobre el objeto de estudio– el autor mismo convoca, su red de relaciones conceptuales, su mirada articuladora, sus motivaciones y su accionar frente a los fenómenos mismos que examina. Trato de hacer esa reflexión en mis clases, cada vez que mis estudiantes se encuentran con un texto, procurando estimular en ellos una curiosidad que valore no sólo los datos duros, sino también la condición, enfoque, método y posicionamiento del autor, que se hace patente en su práctica escritural.

Tomando lo anterior en consideración, *De las sociedades cacicales a la creación del Museo de Arte Costarricense. Escritos sobre artes visuales en Costa Rica* de Efraín Hernández Villalobos, emerge desde esa multidimensionalidad desde la que les recomendaría que fuera abordado. La investigación que nos ofrece, viene a integrarse de manera particular a las narrativas sobre la historia del arte costarricense, ámbito conformado por una suma de esfuerzos de indagación sobre prácticas artísticas variadas, temáticas, aristas y discursos de varios especialistas en el país. Hoy más que nunca, un abordaje comprensivo resulta complejo y necesita ser todo menos un discurso autoritario y hermético. El reto para Efraín Hernández fue el de conformar una narrativa seria y sustentada, un espacio dialógico para investigadores, docentes, especialistas y aficionados, cuya función es hacer converger en un solo material publicable, temas y problemas que sobre la producción artística, configuran una parte de la herencia cultural del país.

Su motivación nace del seno de las aulas universitarias: de la experiencia de formación ante archivos fragmentados, fuentes diseminadas y dificultades de acceso a colecciones. El presente documento es el resultado de años de reflexiones ante cientos de estudiantes que, a lo largo de más de veinte años, sirvieron para desarrollar nuestro interés y amor por las artes y la cultura. Don Efraín, totalmente comprometido con la docencia, procuró construir un amplio panorama de la escena artística costarricense nutriéndola de múltiples referentes y configurando un acervo de imágenes de obras de arte, muy valiosa para fines de estudio y generosamente puesta a disposición de estudiantes y maestros. Su visión integral del contexto artístico costarricense, es el resultado de su rol de agente entre la docencia universitaria, la investigación curatorial y el quehacer de la crítica de arte, lugares desde donde se empeñó en hacer resignificar la importancia que para la práctica artística en nuestro país, tiene una institución cultural sólida con participación de diversas instancias y actores: artistas, las instituciones de formación, los investigadores, los espacios de difusión, museos, galerías y coleccionistas: ecosistema capaz de aportar directamente a la transformación social del país.

Como interlocutor, Efraín decide presentar un proyecto en la Escuela de Arte y Comunicación Visual, del que este libro es producto. Una vez finalizada su investigación y redactada una primera versión, sobrevino su jubilación de la UNA y el proyecto continuó ampliándose y fue adquiriendo la fisonomía de documento en cuatro tomos que tenemos hoy: un acercamiento a la cultura material de los pueblos prehispánicos en el territorio y el legado artístico con el advenimiento de la conquista y colonización española forman parte de la revisión del tomo I, que concluye con el arte en el periodo republicano, en una Costa Rica independiente, donde se consolida una estética académica de acento clásico europeo, y que en las primeras décadas del siglo XX, pugna con las incipientes tendencias modernas en disidencia, reflejadas en el *Álbum de grabados* de 1934. El tomo II, se concentra en la consolidación del arte moderno con una vasta producción representativa, y entre

ella, la práctica de la abstracción; mientras que los últimos dos tomos, se dedican a reflexionar sobre la producción artística durante la década del setenta, acompañada del nacimiento del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes en 1970 y la fundación del Museo de Arte Costarricense en 1978, producto de un estado benefactor para las artes y la cultura a nivel nacional.

Ante la misión de una universidad necesaria, y en el marco del 50 aniversario de la fundación de la Universidad Nacional, la Escuela de Arte y Comunicación Visual - CIDEA decide retomar este proyecto editorial y gestionar su publicación en la EUNA, como parte de su compromiso de promoción y puesta en valor del patrimonio cultural del país. El libro que nos presenta Efraín Hernández es un valioso proyecto para la UNA hoy, no sólo porque refleja el estímulo a la investigación que la universidad ha promovido durante años como parte de sus políticas institucionales y que resulta particularmente necesario en el campo de las artes, sino que, además, responde a un compromiso con la divulgación del conocimiento especializado generado a lo largo de décadas, y que hoy se ofrece a la comunidad nacional.

Además, la publicación de este libro representa un reconocimiento manifiesto al autor, a su trayectoria académica en la universidad, a su compromiso para con su práctica docente e investigativa, a sus años de activa participación y gestión de importantes cambios sobre la comprensión del papel y responsabilidad que una institución de educación superior pública como la UNA debe emprender en la formación integral, en la promoción, difusión y apreciación del legado artístico nacional. La suma de contribuciones de instituciones, artistas, coleccionistas, quienes abrieron sus puertas para las pesquisas que el presente texto demandó, reflejan el respeto y admiración al ejercicio profesional de Efraín, y estoy segura, que su acogida como fuente de referencia en las aulas, tanto en el contexto preuniversitario como universitario será también una evidencia de la estima y reconocimiento de sus exalumnos que como yo, siempre le estaremos agradecidos por compartir de forma generosa su conocimiento, impulsarnos a la práctica profesional con un sentido ético, del cual sin duda alguna, él ha sido referente.

Finalmente, invito a convertir esta publicación en un espacio de convergencia para la reflexión, los diálogos y las sinergias sobre una historia del arte en Costa Rica como un tejido vivo, complejo y diverso que refleja búsquedas, intenciones e identidades posibles, que articula esfuerzos e intereses individuales, colectivos e institucionales, que conducen a la configuración del contexto artístico que experimentamos hoy. Que este texto sea un espacio de reunión, de convergencia de miradas, de distintas generaciones, que promueva aprendizajes, estimule el asombro y motive la curiosidad investigativa.

Tatiana Rodríguez Mejía
Universidad Nacional

PRESENTACIÓN

La mirada provocativa, educada y generosa del profesor Efraín Hernández Villalobos nos conduce, gracias a sus aprendizajes, a la visión del universo simbólico-significante del arte costarricense, mediante un abordaje inédito que abre nuevas vías de interpretación de la cultura y del arte nacional.

En estas líneas, me referiré a los aspectos vinculados con la ética y la vocación profesional, que convierten este texto en un ejemplo de diplomacia académica que probablemente trascenderá nuestras fronteras.

La Universidad Nacional y su Escuela de Arte y Comunicación Visual del Centro de Investigación Docencia y Extensión Artística (CIDEA) consideran este libro, una respuesta necesaria, que la educación pública entrega como retribución a la sociedad costarricense. Este fenómeno multifacético que inicia en las aulas y se revierte al ámbito socio-cultural, abarca acciones conjuntas que unen la docencia con la investigación y que generan como resultado una metodología para el análisis del campo visual que se hace extensiva a distintos estratos del cuerpo social.

Este método aborda un procedimiento en el cual, el investigador elabora sus percepciones actuando de manera directa en el campo de estudio: la obra artística.

Esta mirada, infundida con altos niveles de conocimiento, expresa, describe, interpreta y experimenta planos de valor inherentes a la compleja diversidad del arte costarricense.

En contraste con las vías de la inteligencia artificial –que nos dominan en la actualidad– y en cuyos dominios notamos la obviedad del video, la imagen simulada, la reproducción desde los dispositivos (como el teléfono) “el ilusionismo visual”, la unidireccionalidad (revestidos de un poder sin precedentes en la historia) y la celeridad trepidante, tenemos la decisión personal de elaborar una ética basada en la reflexión y el detenimiento, en la cual, la dilación se toma el tiempo de realizar un trabajo minucioso. Estos tomos dan testimonio de muchas horas de trabajo compartido en las aulas, propiciando el debate y la retroalimentación humana, procesos en los cuales se originan respuestas diversas y diferentes. Frente a toda la vorágine de la vida cultural contemporánea la actitud de cuidado presente en estos libros adquiere una función alterna de relevancia.

En la actualidad encontramos en las humanidades visiones rápidas, a veces ingenuas, sin raigambre, como si se tratase de un simple registro de asistencia. Hago esta reflexión, porque, la publicación de estos libros de historia del arte costarricense, constituye un llamado de la conciencia crítica en los estudios visuales, que aporta una visión opuesta al vértigo y superficialidad a los que aludí en el párrafo anterior. En estos tomos hallamos el espacio y el tiempo necesarios para el acercamiento a lo que llamamos arte, a sus creaciones y a los conocimientos que el ojo experto analiza, vive y convierte en experiencia para llamar la atención sobre lo verdaderamente importante y significativo de lo nuestro, de lo propio y de lo identitario entendido como construcción cultural plural.

En este caso, esa conciencia de lo propio, transpira ética, atisbos a la docencia, a las indagaciones en torno al campo visual, a las investigaciones sobre cultura y, sobre todo, revela una vocación entregada al estudio de la historia del arte, de la estética y de la obra artística. El autor no solo revisa el contenido de la imagen, sino que la describe, la contextualiza y permite a los lectores realizar sus propias conclusiones a partir del conocimiento desplegado con el peritaje sensible del respeto a lo

artístico y a la cultura, imprimiendo el deseo en quien lee, de conocer más sobre nuestra realidad y sus sentidos.

Estos libros junto con su autor serán embajadores de la Universidad Nacional por todo el mundo. Ellos dejarán una impronta como las que deja la acuarela de la importancia de ser –para la historia del arte– un investigador sistematizado y prospectivo, que aporta conocimiento y sentido, actuando como creador artista, curador y educador universitario responsable de los valores más importantes que el *Estatuto Orgánico* nos exige como universitarios y que –con brazos abiertos– entrega a la sociedad costarricense, una vida dedicada a la docencia de la historia del arte del país.

Estas investigaciones, ejemplo de una vida dedicada al servicio de la docencia y de la formación al servicio de la cultura, inician una revisión, una sistematización y su pulimento con un año sabático de estudio y reorganización en el 2014, antes de finalizar su periodo como docente activo. Este repaso concretó aquello que estaba presente en programas de estudio de varios cursos a lo largo de casi tres décadas, partiendo de la conciencia de la dimensión pública de un trabajo articulado con su propia inversión en la investigación especializada.

Estos libros titulados *De las sociedades cacicales a la creación del Museo de Arte Costarricense. Escritos sobre Artes Visuales en Costa Rica*, son testimonios y provocaciones en los que se dialoga sobre el arte costarricense.

En sus páginas podemos revisar –en el inicio– principios teóricos y metodológicos y luego continuar con un conjunto de pensamientos acerca de nuestro arte ancestral, la conquista y la colonia, para terminar –en el primer volumen– con la época de la independencia, la cultura republicana y el arte académico. Luego, tenemos el surgimiento del arte moderno; "nueva sintaxis para motivos ya existentes". Aquí encontramos esa forma de percibir los acontecimientos por medio de la obra misma: la imagen que habla y que transformada en discurso visual que no necesariamente debe leerse apegado a una cronología sino, más bien, ligado a un valor de acercamiento al fenómeno de lo plástico desde una visión crítica de los aspectos históricos y el desarrollo de una cultura propia.

El contexto nacional, el ámbito cultural-artístico, la docencia universitaria, el medio curatorial y algunos otros campos relacionados con las humanidades conocen la necesidad de tener un estudio en función de la diversidad del arte costarricense. Un tratado que desarrolle un método de trabajo y una conformación teórica unida a una cronología, y a la presentación de una estética de las distintas dimensiones de lo plástico-artístico hasta llegar a la institucionalidad del museo de Arte Costarricense.

El segundo tomo nos da esa visión del movimiento emergente a la posición dominante que experimenta el arte moderno hasta su estabilización como tendencia hegemónica, que una vez situada en este lugar de privilegio se convertirá en base desde la cual se construyen las visiones plástico-conceptuales de los lenguajes artísticos en Costa Rica.

En el proceso somos testigos de la aparición de "las formas puras" características del arte no figurativo entre 1960 y 1970, asistimos, también, en la lectura a la renovación de la figuración y presenciamos la construcción paulatina de políticas de Estado favorables al desarrollo de la actividad artística y propiciatorias de una mayor estabilidad para los creadores.

Los últimos tomos dedicados a las artes plásticas en la década de 1970, concebidas como "florecimiento de la diversidad" da cuenta de las nuevas instituciones de difusión y protección de la producción visual del país. En este volumen conocemos, además, como los artistas modifican su producción como resultado de los cambios que sufren sus contextos profesionales. Capítulos como

el que describe las transformaciones en la pintura del muy famoso Don Quico (La contorsión de la arquitectura y el paisaje: nueva obra expresionista de Teodorico Quirós) dan paso a los elementos de lo relacional.

Estos libros serán un punto de encuentro, convocado por el compromiso de su autor con la disciplina de la historia del arte: un espacio en el que coincidirán los estudiantes, los artistas y otros integrantes del tejido cultural quienes de seguro agradecen este gran esfuerzo en la gestión del conocimiento y de la interacción con las realidades de lo costarricense.

El espacio que brinda este libro contribuirá, sin duda, a la formación de nuevos profesionales, así como a la comunicación y al diálogo

La comunicación sin obstáculos y la fluidez del pensamiento expuesto en estos textos desde los ámbitos de lo técnico, lo sociológico, lo filosófico y lo artístico, conducen al problema de estudio hacia la recuperación de lo visual como recurso articulador de los múltiples conceptos desarrollados en la lectura de los escritos para finalmente, esbozar, formar y construir nuestras propias conclusiones.

Gracias en nombre de la academia, de tantos estudiantes hoy convertidos en profesionales del arte, y ante todo, una inmensa gratitud por darnos a tantos una oportunidad no solo de apreciar el arte como una forma de vida, sino, por sembrar en muchos, la conciencia de que ante la adversidad el arte existe, para verlo, vivirlo y estudiarlo. En conclusión, por llenar de esperanza esta vida en el arte e infundirnos nuevos deseos de continuar siempre con el arte en bandolera.

José Pablo Solís
Académico y Decano del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística
Universidad Nacional

AGRADECIMIENTOS

Dedico este libro a mi maestro, el profesor Carlos Guillermo Montero, quien sembró en mí la pasión por el estudio, el amor por las artes visuales y el deseo de la excelencia. Su guía nos condujo a leer autores fundamentales y a tener la disciplina necesaria para el análisis serio de la historia del arte.

A mi padre Efraín Hernández Carvajal que me permitió desde mi niñez temprana, limpiar sus pinceles, mezclar sus colores y permanecer horas a su lado mientras le miraba dibujar y pintar, para crear esos mundos policromos que se convertirían con el tiempo en una importante razón de ser.

Agradezco a mi gran amigo y compañero de vida Dietrich Fuchs. La jornada no habría concluido sin su apoyo constante, su confianza infinita y sus palabras de aliento y acicate. Su incondicional disposición me acompañó a los talleres, tomó las fotografías y me alentó cuando mi motivación parecía declinar.

Agradezco a las aulas, a todas y todos mis alumnas y alumnos, quienes, con sus inquietudes, sus dudas y sus preguntas inspiraron mis búsquedas e iluminaron los caminos por los que debí transitar. Con ellos aprendí que un investigador es siempre un estudiante.

A mi colega Ileana Alvarado por su estimulante compañía a lo largo de los años, por su confianza en mi trabajo y su deseo de colaboración.

A Dora María Sequeira, Rocío Fernández, Virginia Vargas y Héctor Arguedas porque desde sus puestos de dirección me ofrecieron apoyo, creyeron en mi trabajo y me brindaron la oportunidad de aprender y crecer.

A los museos e instituciones públicas que permitieron mi presencia en sus colecciones de arte y sin cuya colaboración no habría podido finalizar esta travesía.

En particular agradezco la esmerada atención que recibí siempre en el Museo Nacional de Marlin Calvo, Leidy Bonilla y Cleria Ruiz.

A los archivos privados de ConArte en los que encontré importante información de piezas de todas las épocas.

A Luis Paulino Delgado por su generosidad y su sabio torrente de historias y recuerdos.

A Luis Miguel Morales y a su esposa Ericka Solano por su gentil acompañamiento a lo largo de años de buena amistad y en particular, durante la labor de diseño y consejería necesaria para llevar a cabo la tarea.

A las y los personeros, autoridades y funcionarios de la Universidad Nacional que pensaron que mi trabajo merecía concretarse en la publicación de un libro.

Efraín Hernández Villalobos
Historiador del arte

NOTAS AL LECTOR

Con los temas que abarca este volumen acaba la trayectoria y también el boceto de mi cartografía de los paisajes y de las geografías de las artes visuales en Costa Rica.

La travesía iluminó mi memoria con las imágenes y las culturas que este territorio vio nacer y desarrollarse por varios siglos. Al final del camino queda la confianza en el trabajo hecho con honestidad y denuedo.

El recorrido ha sido –de muchas maneras– un regreso a las aulas y al calor vivificante de la docencia, a la avidez de aprendizaje de mis estudiantes y a la grata experiencia de compartir y de construir en comunidad.

La convivencia de lenguajes

En los tomos dedicados al desarrollo artístico en la década de 1970 asistimos a la eclosión de una diversidad sin parangón en épocas anteriores: muchos nuevos creadores, permanencia y vigencia de los artistas de décadas anteriores y aparición de un "círculo de las artes" cada vez más amplio y de mayor riqueza. En este fenómeno de crecimiento y expansión participa de forma decidida y efectiva el Estado al crear leyes e instituciones que incentivan y promueven las prácticas artísticas del medio cultural y, también, el coleccionismo.

Parte de esta actividad renovada y múltiple se debe a la "herencia" o "legado" de algunos pintores mayores cuya presencia e impacto motiva cohortes de seguidores, los cuales originan "tendencias" "movimientos" o "escuelas"; este es el caso del auge de la acuarela que se confirma como medio artístico independiente. Entre los acuarelistas surge todo un grupo de pujantes artistas que amplían el universo transparente de Margarita Bertheau.

La pintura emotiva y dislocada de Teodorico Quirós se coloca al lado de las investigaciones figurativas y abstractas de Lola Fernández y Manuel de la Cruz Gonzáles.

La escultura de Juan Manuel Sánchez sigue siendo un referente de calidad extraordinaria.

Francisco Amighetti, ahora dedicado a la xilografía, se convierte en un artista intenso y de mirada cavilosa. Luisa González profundiza la visión introspectiva que la caracteriza.

Los antiguos integrantes del Grupo 8 continúan con sus propuestas, ahora más dirigidas al mundo de la figuración.

También aparece una generación nueva que aprendió sus lenguajes bajo la guía de muchos de los maestros que practicaron la docencia en las aulas universitarias. Y a estos les seguirán unos más con visiones del arte y lenguajes artísticos eclécticos.

La orientación hacia el arte moderno consolida tres robustas versiones en la obra de los "nuevos clásicos": Luis Daell, Dinorah Bolandi, y Jorge Gallardo.

Un fenómeno importante es el de la fundación de la carrera de grabado en la Universidad de Costa Rica, hecho que abrió un mundo nuevo de posibilidades expresivas y que pronto encontró vocaciones

verdaderas, las cuales, con el aliciente del prestigio de grabadores sobresalientes como Francisco Amighetti, Luis Paulino Delgado, Juan Luis Rodríguez y Carlos Barboza, dieron fruto temprano.

El grabado recibió, también, un estímulo considerable con el proyecto CREAGRAF, diseñado para fomentar las artes gráficas en la región.

El gremio de artistas nacionales y la estructura oficial tuvieron un contacto inicial, a comienzos de la década, con "nuevas" arquitecturas de legitimación de la obra artística mediante la experiencia del modelo de la bienal.

Los pintores y los escultores noveles ofrecieron al público múltiples visiones, las cuales proponían lo fantástico-imaginativo, el realismo extremo, formas de talante expresionista, alegorías imaginativas y figuraciones muy influenciadas por la corriente abstracta.

Al lado de todo esto, existe, también, un espacio para la reflexión crítica de lo social y de la cultura dominante, a veces con explícita filiación política (con referencia a casos concretos) y, en otras oportunidades, con un acento "universal".

Los artistas mayores se preocuparon por temas relacionados con el tiempo, la condición humana y la experiencia existencial, todo esto empapado en sus vivencias personales y modelado con un enfoque que incorpora las visiones de personas maduras que se asoman al ocaso de sus vidas.

El arte de estos creadores no es conservador, parte de un criterio existencial subjetivo que se explica en su trayectoria y en su visión de mundo.

Por otra parte, aparecen miradas distintas, cuyos protagonistas, por su juventud y experiencia de vida, proyectan diferentes enfoques de las situaciones, vinculados con su formación en otras condiciones culturales, históricas y sociales. Estos artistas -inmersos en la actitud revisionista de la década- construyen visiones críticas, interesadas en el cambio y en el análisis de las situaciones de la cultura, la sociedad y la política que experimenta el país y la región. Esta forma nueva de considerar, tanto al arte como a la vida social, están profundamente enraizadas en una explosión cultural internacional protagonizada por la juventud en reclamo de una mayor participación en las decisiones, generalmente tomadas desde una perspectiva adulto centrista. Esta fuerza cultural de nuevo cuño se instala en el medio e incide en él reclamando una voz y un lugar en la estructura social, el mejor ejemplo de esta iniciativa es el famoso "mayo 68".

Varios dibujantes trabajan en la reivindicación del dibujo como forma de expresión artística legítima y autónoma. Lo mismo sucederá con la fotografía que consigue un estatus de obra artística y es aceptada en los salones de artes plásticas del momento.

Es posible identificar en el arte de este decenio una retoma y revalorización de motivos que vienen desde la época de 1930. Se nota una renovada mirada a imágenes vinculadas con el paisaje y lo vernáculo, con la vida rural, con personajes cuyos valores se identificaron, décadas atrás, con una identidad que se propuso como única y homogénea, y que, por un tiempo, ofreció el espacio y el "lugar cultural" para cohesionar cierto sentido de lo nacional respaldado por la oficialidad con la incidencia de la educación pública sobre esos valores concretos.

Las posiciones noveles se interesan en el examen de estos constructos culturales, que comprenden una serie de "signos" de lo nacional y sus correspondientes relatos para estructurar una identificación social con realidades que son ciertas en el imaginario social y no necesariamente verificables en la

vida social factual. Esta mirada hacia atrás llega provista de nuevos bríos y de cuestionamientos que revelan la conciencia de las transformaciones culturales y de sus efectos sociales.

Parece ser que los artistas costarricenses (en esta década) pensaron desde plataformas "humanistas" y "universales", pero, también, desde la conciencia analítica de las condiciones socio-culturales del país.

Primeras palabras, a manera de introducción

En el decenio de 1970, la producción artística en Costa Rica se destaca, como dijimos, por su pluralidad y su diversidad ecléctica.

La comunicación con el mundo, ahora más abierta y abundante, brinda al artista joven la oportunidad de dialogar con el arte de otras latitudes, el cual conoce por experiencia directa, o por referencia de estudio. La educación que reciben, pueden compararla y ampliarla con lo que aprenden allende las fronteras y en el intercambio entre profesionales del campo.

Las nuevas iniciativas del Estado apoyan el desarrollo de un medio propicio a la creación e incentivan los contactos con otros países fomentando las becas y pasantías de estudio.

La narración específica contenida en este tomo, comprende los finales de la década de 1970 y da cuenta de la creciente diversidad y abundancia de las artes plásticas en nuestro país, aborda, también, las acciones del Estado en pro de la construcción de una plataforma legal e institucional para promover y beneficiar las manifestaciones de las artes plásticas en el país, proceso que había comenzado en la década de 1960.

En el tomo anterior se trataron artistas cuya trayectoria se remonta al decenio de 1930 y que habían trabajado sin parar por espacio de medio siglo. Sus obras y todos los vínculos que ellas tienen con los imaginarios y estadios culturales del país se han desarrollado con el mayor detalle posible; la condición "trans histórica" de la obra de arte permite el diálogo con las generaciones actuales como estandarte de memoria y como legado cultural patrimonial.

Los hilos conductores

En las páginas de los volúmenes escritos para este proyecto sobre arte en Costa Rica, se contempla el desarrollo de producciones artísticas diversas que tienen, sin embargo, dos núcleos generadores principales: uno que se caracteriza por un matiz de naturaleza académica (herencia de una tradición decimonónica) y otro, distinto, de talante moderno.

En la primera mitad del decenio de 1970, dominan en el medio artístico los aportes de los creadores que son parte del escenario plástico-artístico desde varias décadas atrás, estas producciones de madurez, dialogan con las propuestas de los grupos de artistas emergentes (Rafael Fernández, Gerardo González, Carlos Salazar Ramírez), pero, el panorama se expande cada vez más para incorporar nuevas voces de muy diversa índole que enriquecen el horizonte artístico día con día.

En esta década de 1970, como se señaló, el grabado inicia en la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad de Costa Rica como una nueva opción artística; su crecimiento, apoyado por el prestigio de la última obra de Francisco Amighetti y por proyectos como el CREAGRAF, alcanza dimensiones importantes y produce artistas de extraordinaria capacidad.

Las tendencias asociadas con el llamado “arte matérico” se practican también, siguiendo las huellas de la obra temprana de Rafael Ángel García y del trabajo que realizó Juan Luis Rodríguez en Bélgica y Francia. Los nuevos materiales, hasta entonces considerados como “no artísticos” generaron propuestas significativas y poéticas singulares. La creación con técnicas mixtas se impulsó con la presencia de estas novedosas posibilidades.

Esta década presenció también el ascenso de la fotografía como disciplina artística y en los Salones Nacionales se creó un espacio para celebrar sus logros.

Hacia finales del decenio de 1970, el Estado inició la creación de leyes e instituciones para proteger y difundir las Artes Plásticas, continuando con el trabajo que ya se había concretado en la década de 1960. Esta etapa culminó con la fundación del Museo de Arte Costarricense (1978), encargado de estudiar, divulgar y conservar la producción artística del país.

Si se observan las distintas generaciones de artistas se puede constatar la alternancia y convivencia de lenguajes plásticos inspirados en principios importantes, tanto de la corriente académica como de las tendencias modernas, que tomaron fuerza en la primera mitad del siglo XX, y que habían surgido como alternativas de expresión artística a finales del siglo XIX, especialmente en el contexto de la cultura de la plástica francesa.

Aún en las generaciones recientes (la última que trata este estudio) aquella de Rebeca Rodríguez, Mario Parra, Elizabeth Thompson, María de la Paz Zumbado, Domingo Ramos y Gerardo Ramírez se puede constatar esta doble vertiente. Una breve referencia a estos artistas permitirá mostrar las facetas mencionadas.

María de la Paz Zumbado fue siempre una dibujante apasionada, su obra se caracteriza por la presencia constante de la figura humana, particularmente la imagen de la mujer. Zumbado recrea cabezas y rostros femeninos cuyos rasgos se engarzan con objetos y elementos simbólicos que añaden siempre sentidos perspicaces a los dibujos. La factura impecable: trazo firme, calidad de línea, tramas precisas, balanceado claroscuro, equilibrio entre armonías y contrastes.

María de la Paz realiza un trabajo que está inscrito en la línea de Tomás Povedano, Enrique Echandi, Rigoberto Moya, Dinorah Bolandi y Sonia Romero. Todos estos artistas -en mayor o menor medida- presentan rasgos claros de procedencia académica porque asimilaron estos principios durante su formación profesional. La obra de Romero y Zumbado continúa con la herencia de las nociones de fidelidad a la naturaleza y de observación “objetiva” e incorporan detalles de la noción de la “corrección propia del ideal”, que es, también, parte esencial del concepto académico. Aunque es claro que ambas creadoras reflejan en sus dibujos acentos realistas importantes, lo cual concede a su trabajo una nueva dimensión y contribuye a su talante ecléctico. El academicismo está en la técnica, en la factura, en el tipo de abordaje y en las condiciones que presenta la imagen final. El realismo en el espíritu que respiran los motivos.

Zumbado mostró su trabajo más importante en las tres décadas siguientes a la de 1970 y realizó relativamente pocas exposiciones, ella manejó su trabajo siempre con silencio y recato. Quizás uno de sus legados más importantes está en la docencia en la UCR.

Elizabeth Thompson, aunque -al igual que Zumbado- dio a conocer su obra mayor en las décadas finales del siglo XX (temporalidad que escapa a los propósitos de este libro) produjo una obra innovadora en lo que a proceso técnico y a forma de expresión se refiere; recurriendo a una fusión entre el cromatismo de lo pictórico, las volumetrías propias del relieve y el uso artístico de técnicas